

Antonio Pereira: recuperación de dos entrevistas y otras notas bembibrenses

Jovino Andina Yanes

Entrevista sobre la escritura a D. Antonio Pereira

-¿Le gusta mucho escribir?

-El acto de escribir (de sentarse a la mesa frente a la cuartilla en blanco) no es demasiado gustoso... Pero luego viene la satisfacción, si a uno le parece que ha obtenido un resultado aceptable.

-Cuando era niño como nosotros, ¿qué escribía?

-Poemas de amor a las niñas. Sobre todo a las forasteras del verano, que eran mi perdición.

-Observación, inspiración... ¿Cómo se motiva para crear sus obras?

-Mitad y mitad.

-¿Qué tipo de temáticas y qué género le atrae más?

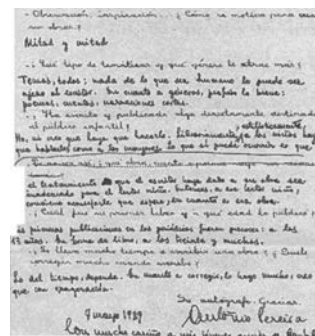
-Temas, todos: nada de lo que sea humano le puede ser ajeno al escritor. En cuanto a géneros, prefiero lo breve: poemas, cuentos, narraciones cortas.

-¿Ha escrito o publicado algo directamente destinado al público infantil?

-No, ni creo que haya que hacerlo. Literariamente, estilísticamente, a los niños hay que hablarles como a los mayores. Lo que sí puede ocurrir es que el tratamiento que el escritor haya dado a su obra sea inadecuado para el lector niño. Entonces, a ese lector niño, conviene aconsejarle que espere, en cuanto a esa obra.

-¿Cuál fue su primer libro y a qué edad lo publicó?

-Mis primeras publicaciones en los periódicos fueron precoces: a los 13 años. En



forma de libro, a los treinta y muchos.

-¿Le lleva mucho tiempo escribir una obra? ¿Suele corregir mucho cuando escribe?

-Lo del tiempo, depende. En cuanto a corregir, lo hago mucho, creo que con exageración.

-Su autógrafo. Gracias,

-Antonio Pereira. 7 mayo 1989. Con mucho cariño a mis jóvenes amigos de Bembibre.

-----OOOOOO-----OOOOOO-----

*Os juro –dijo-que llevaré al cine uno de sus relatos, no sé cuál todavía, pero lo haré...»,
Y un rato después escribía en la página 3 del libro Cuentos para lectores cómplices de
Antonio Pereira: «...Cuando leáis esto en unos años, mi promesa se habrá cumplido.
Con cariño, Macarena»*

No tendría esta promesa la importancia que tiene, si no fuera quien la hace, Macarena Gómez Traseira, actriz de éxito y sobrina-nieta de Antonio Pereira. Y además, porque fue hecha el mismo día que el escritor nos dejó, el sábado 25 de abril.

Macarena estuvo esa tarde en Bembibre. A pesar de que hubiera deseado acompañar a tía Úrsula, quería cumplir su compromiso con los organizadores de «Tardes de Cine». Y fue en la Casa de las Culturas bembibre, sentada en el mismo lugar y sillón que su tío-abuelo había ocupado en «Tardes de Autor» él pasado octubre, cuando después de escuchar las palabras de admiración y afecto que allí se dedicaban al autor de Meteoros (libro publicado en 2006 y que recoge su obra poética), quedó pensativa unos momentos y adoptando un gesto de cierta solemnidad pereiriana, dijo lo que prometido queda: «Os juro que llevaré al cine...»,

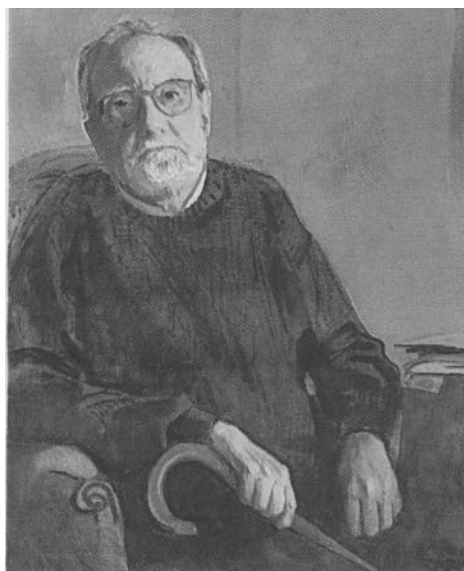
Si el mejor homenaje que se puede hacer a un escritor es leer sus libros, qué no será llevar su obra a la pantalla y darles vida a los personajes por él creados. Macarena lo hará... nadie lo dude. Con la misma intensidad y pasión que demostró en Padre Coraje, en La dama boba, o en cualquiera de sus otras interpretaciones.

Quizá sea «Obdulia, un cuento cruel», o «Palabras, palabras para una rusa», o «La hija del general», o acaso la recreación de una de aquellas forasteras que enamoraban a Antonio en los veranos de los años treinta y tantos... Eso habrá que valorarlo y estudiarlo bien, pero nadie mejor que ella para afrontar el reto.

Conviene recordar al respecto, que uno de sus cuentos, «Las peras de Dios», ya fue llevado al cine en 1984 por el cineasta berciano Chema Sarmiento en la película El Filandón.

Adolescencia villafranquina

Muchas fueron las entrevistas y tertulias en que Pereira recordaba vivencias y detalles de su Villafranca natal (1923), y también lo sustantivas que resultaron para él las experiencias y el aprendizaje de aquellos años de la niñez: la academia de don



Manuel Santín donde estudió parte del bachillerato, su interés por la lectura buceando entre los estantes de la librería de su tío Tomás Nieto, su cierto retraimiento a la hora de jugar con otros niños debido al hecho de llevar gafas, su deseo precoz de colaborar en periódicos y revistas y de obtener el carnet de periodista. «Así comenzó todo», escribe lacónicamente refiriéndose a la carta que recibió, a sus trece años, del director del Diario de León y que fue crucial para alimentar su deseo de ser escritor.

Por todo ese rico y estimulante bagaje de recuerdos adolescentes, y porque Antonio Pereira era también maestro nacional, y aunque nunca ejerciese la profesión, conocía bien el valor que tienen el estímulo y la cercanía a la hora de educar a niños y jóvenes; por eso, la respuesta positiva a cualquier solicitud de colaboración que le llegase desde un centro educativo estaba garantizada de antemano.

Jugando a periodistas

Fueron dos las ocasiones en que un grupo de alumnos del Colegio Público Menéndez Pidal de Bembibre tuvieron la oportunidad de jugar a periodistas, entrevistando a este patriarca de las letras. La primera, de forma oral, fue el sábado 1 de febrero de 1986 en que acudió a esta villa berciana para ser el mantenedor del XIV Festival del Botillo, entrevista que tuvo lugar en el ayuntamiento, concretamente en el despacho del señor alcalde, entonces Antonio Rey. No hace falta decir lo nerviosos que se

encontraban los siete aprendices de periodistas ante la presencia del poeta, de su esposa y del alcalde; pero el nerviosismo desapareció en el instante en que el propio Pereira se acercó a saludarles, iniciando con ellos una distendida conversación. Quizá en ese momento rondase por su memoria aquel lejano encuentro suyo con don Antonio Carvajal y Álvarez de Toledo, que fue algo así como la llave que le abrió la puerta para publicar su primer artículo periodístico. En fin, también podía ser que entre los estudiantes se encontrase algún futuro periodista o escritor; por lo tanto había que encandilarlos, alimentar el fuego de su interés.

Así que aprovechando al máximo el tiempo disponible, hizo un rápido repaso por sus años infantiles y juveniles. Les habló luego del oficio de escribir y del desafío que supone enfrentarse a un puñado de folios en blanco. De alguna de sus poesías: «Cuando descanso los ojos», «El pequeño tren»; y novelas: *Un sitio para Soledad* (1969), *La costa de los fuegos tardíos* (1973), y *País de los Losadas* (1978). También de su interés por el cuento literario: *Una ventana a la carretera* (1967), *El ingeniero Balboa y otras historias civiles* (1976), *Historias veniales de amor* (1978), *Los brazos de la i griega* (1982). (En los años sucesivos vendrían otros libros de poesía y de relatos, hasta un total de treinta y cinco).

Se refirió después a su pasión viajera. A su amistad con el ferretero y fotógrafo bembibrense Bernardo Alonso Villarejo, al que le unían algunos parecidos y tendencias (en 1993 Pereira colaboró en el monográfico que Filandón dedicó a este virtuoso de la cámara fotográfica, y en 2007 en el libro-catálogo *En los límites de las sombras*). Les invitó a leer, si es que no lo habían hecho ya, *El señor de Bembibre* de Enrique Gil y Carrasco, que todos los leoneses deberíamos conocer, confesando que él tenía un ejemplar de la edición príncipe (1844). Y cómo no, no podía faltar su alusión al botillo, cuyas virtudes venía a cantar aquel día. Fue entonces cuando leyó, como primicia, unos versos de su «Sermoncillo para la Fiesta del Botillo del Bierzo», que así se titulaba el discurso que pronunciaría apenas media hora más tarde en el Cinema Paz.

Tres años después tuvo lugar la segunda entrevista, en este caso por escrito. Todo surgió con ocasión de una «Campaña de animación a la lectura y escritura» desarrollada en el citado colegio, en la primavera de 1989, y cuyo objetivo era, además de motivar a los alumnos de los últimos cursos de EGB para que se iniciasen en la lectura de «escritores leoneses», incentivarles en el arte de escribir, recabando para ello el consejo y la pauta de tales autores. Se redactó, a tal fin, un cuestionario modelo que fue remitido por correo a cada escritor; y la respuesta suya, que tiene fecha 7 de mayo, se recibió en el colegio tres días después. Como todas las demás,

fue acogida con un espontáneo ¡hurra! de los alumnos, y luego leída y comentada detalladamente en clase, tomando buena nota de cuanto decía y sugería.

Dice en sus respuestas autógrafas que «el acto mismo de escribir no es demasiado gustoso», aunque luego viene la satisfacción si el resultado obtenido es aceptable. Habla también de sus preferencias por el «género breve: poemas, cuentos y narraciones cortas», si bien «nada de lo humano le puede ser ajeno al escritor». De sus poemas de amor a las niñas forasteras que llegaban cada verano a la villa del Burbia, y de su precocidad a la hora de publicar en los periódicos (a los trece años) aunque su primer libro no salió hasta los treinta y muchos. De cómo «literariamente y estilísticamente, a los niños hay que hablarles como a los mayores», pero siempre teniendo en cuenta que la obra tenga un tratamiento adecuado a su edad. También de su conocido empeño por corregir sus escritos «creo que con exageración» -escribe textualmente- antes de que pasen a ser letra impresa. Un punto éste en el que inciden y coinciden la mayoría de los escritores entrevistados.

Su intervención en Tardes de Autor

No podía faltar en estas notas bembibrenses una referencia a su intervención, el 14 de octubre del pasado año, en el ciclo «Tardes de Autor» que, desde hace tres temporadas, conducen y alimentan con acierto el profesor Tomás Néstor Martínez y el Concejal de Cultura Jesús Javier Celemín. Un ciclo de lujo en el que han participado algunas de las mejores voces y plumas de la poesía y la narrativa española actual.

Fue la de Pereira una velada ansiada, pues ya se había visto aplazada la temporada anterior en dos ocasiones; y, al tiempo, memorable porque todos éramos conscientes del privilegio que suponía contar aquel día con su presencia, tanto y más dados sus problemas de salud. Además era la primera sesión de «Tardes de Autor» que se celebraba en la recién estrenada Casa de las Culturas, así que nadie mejor que él para iniciar la nueva singladura.

Y así fue. Fiel a su espíritu y a su estilo, nos regaló lo mejor, de sí mismo: la tensión de sus -poemas, la sugerencia y el suspense de sus cuentos, las claves de su escritura, la cercanía de su persona, y todo aderezado con el humor y la afabilidad que le eran propias. Una tarde, en fin, memorable, de esas que dejan huella y hay que señalar con marcapáginas en el libro de los recuerdos.

Luego vino el aplauso del público puesto en pie, aplauso cálido, cariñoso y prolongado, en medio del cual también levitaban las palmas del ingeniero Balboa y de tantos otros personajes por él creados. Aun sin saberlo, era el último aplauso de los bembibrenses a uno de los grandes de las letras leonesas de nuestro tiempo. Al

gran maestro Pereira, que sigilosamente nos dijo adiós hace poco desde su observatorio de Papalaguinda, para iniciar el periplo definitivo. El de su trascendencia.

Para ello nos deja el ejemplo feliz de su bonhomía y el legado de su magnífica obra. Así que, cuando queramos conversar con él, bastará con tomar uno de sus libros de la estantería, sentarnos tranquilamente en el sofá y abrirlo por la página deseada. Y entonces, como por arte de magia, escucharemos su voz inconfundible susurrándonos al oído:

Para mí no traigo nada.
Sólo la voz y el cantar.
Vedme las manos vacías,
rico de solemnidad.

Así era Antonio Pereira. Para él, el respeto y el mejor recuerdo.

Para Úrsula, su esposa, todo el afecto.

Sermoncillo para la Fiesta del Botillo del Bierzo

I

Santo es comer, el mismo Dios nos trajo

a este país de dones y abastanza.

Pero ni un Anfitrión con su agasajo

de sartenes inmensas de matanza

alcanzaría a levantar mi canto

ni a cambiarme el compás de la templanza.

Yo mi canto lo invento y lo levanto
para deciros la teología
de que el mejor manjar sabe a quebranto

si no se lo disfruta en compañía.

Por eso estoy aquí. Por eso estamos,
más por amor que por la demasía.

II

Desde un confín del Bierzo ya los ramos
al borde de la flor eran aviso
hasta el otro confín con sus reclamos.

Ya el pregón de la fiesta llano y liso.
venía de otros hombres y otras veces
para no enamorarnos de improviso.

Un país de castañas y de nueces
se despereza bajo los neveros
a una diana de cobres y almireces.

De los duros Ancares y Cebreros
hasta las fundaciones del Boeza,
por los dorados ríos y trucheros,

en la palloza y en la fortaleza,
despacio hacia la luz de los veranos
está creciendo la naturaleza.

Hay que apartar la sombra con las manos
y hacer sitio al malvís que con sus trinos
puebla el bosque de pájaros tempranos.

Hay que salir al ras de los caminos
y traer cada uno lo que tenga.
Si vino, el más alegre de los vinos.

La vida es corta, la esperanza es luenga.
El vino ayuda al corazón sediento.
y suaviza los tratos y la arenga.

El vino calma el fuego del pimiento
como una mano fresca y repetida

y es medicina y sol y condimento.

Quien bebe hasta saciarse es deicida
contra un dios que nos quiere poco a poco,
lento fluir por una lenta herida.

Tal es el vino cuerdo que yo invoco
para esta noche limpia de maneras,
aunque siempre el poeta sea un loco.

III

Ahora vengan los trigos de la eras.
Si Dios prometió el pan de cada día,
más nos dará este día de banderas.

He dicho el trigo, pero igual podría
traeros el regusto del centeno
que iba creciendo cuando yo crecía.

Aquí donde me veis, fui un niño bueno
que entre clavos soñaba y entre hoces
la caricia del aire sobre el heno.

No separaba el eco de las voces
y ya el maíz, el roble y las manzanas
me asediaban de músicas precoces.

Yo tuve pronto abiertas las ventanas
a los carros que cantan por sus ruedas.
Así aprendí el color de las mañanas:

el mercado de huertas y arboledas
que cambiaba el candor de la verdura
por un sonar lejano de monedas.

El repollo temprano de ternura
y la patata más codiciadera
eran emblema en la estación madura.

Luego, el trajín de la feria ganadera
que nos traía el cerdo, nuestro hermano.

Y sé que no os ofendo, ni siquiera,

porque somos un pueblo franciscano.

Al propio matarife le dolía

cuando afirmaba el hierro con su mano.

Los menudos, el rabo, la crujía
del profundo espinazo y costillares, l
a cachucha, el pernil..., todo valía

para sorpresa de los paladares.

Y aun faltaba el picante y sus avíos,
el adobo del humo y los cantares.

IV

Ahora todo está aquí, paisanos míos,
la legumbre y el cocho en inventario
con sus sabores nuevos y bravíos.

Ahora que no es regalo solitario
sino pan y vino lubricante
y nuestras almas fuera del almarío,

ya podemos alzar como un diamante
este botillo, prieto de delicias,
que se deja comer hasta el bramante.

Su larga historia es noble de noticias.

Frescas están las pruebas y la huella

de que ya les gustaba a las fenicias.

Hasta la Roma augusta y la Pompeya

vencíamos la aduana y lo profundo.

Luego fueron los godos con su estrella.

Los huesos y el pellejo rubicundo,

las tiras de la carne salpicada

eran fama en Hispania y en el mundo.

De la Europa común en oleada

se nos llenaron trochas y caminos

como una primavera desatada.

Yo evoco una legión de peregrinos

que si a Yago de día, por la oscura

rezaban al botillo y a los vinos.

Mas no sirva de ceño o de censura

porque el sudor por valles y por cuetos

hermanaban al pródigo y al cura.

El botillo fue gozo de discretos
reyes como de duros labradores,
de mineros y frailes recoletos.

No es raro que se canten sus loores
donde al decir Bembibre y su señor
se nombra todo un pueblo de señores.

Y aquí termina este sermón de amor,
feligreses del alma, feligresas
que traéis la embajada de la flor.

Yo levanto mi mano entre las mesas
y las bendigo en son de paz y bien
con un verso abundante de promesas:
Que el botillo nos valga siempre. Amén.